

Crítica
Bibliographica

Revista Crítica de Reseñas de Libros Científicos y Académicos

COORDINACIÓN
Olga Gugliotta

EDICIÓN
www.academiaeditorial.com

ISSN
1885-6926



LIBRO RESEÑADO

Jesús G. MAESTRO (2007),
Los venenos de la literatura.
Idea y concepto de la literatura desde el Materialismo Filosófico,
Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 120 pp.
ISBN: 978-84-96915-02-2

AUTORA DE LA RESEÑA

Violeta VARELA ÁLVAREZ
Universidad de Salamanca

FECHA

2 agosto 2007

Crítica

Bibliographica

Revista Crítica
de Reseñas
de Libros
Científicos y Académicos

et



El libro que me dispongo a reseñar se propone un difícil objetivo: la delimitación y acotación de lo que ha de entenderse por literatura. Pertenece el libro a una serie de publicaciones que el autor viene desarrollando con objeto de constituir una metodología de interpretación literaria desde los sólidos criterios ofrecidos por el Materialismo Filosófico.

El título ya remite a una cuestión fundamental: la literatura va a ser tratada por el autor como un concepto, lo que nos lleva al terreno de la gnoseología, y como una Idea, lo que nos sitúa en el terreno de la ontología. A esta doble perspectiva hay que sumarle además el tratamiento de la literatura como material antropológico, para lo cual Maestro hará uso de la teoría del Espacio Antropológico.

El hecho de que la obra pretenda dar una definición de lo que la literatura es ya supone, en los tiempos que corren, toda una novedad en el ámbito de los estudios literarios, pero es que a esta novedad hay

que añadirle la riqueza de perspectivas que encontramos en el libro: ningún aspecto del hecho literario queda sin tratar.

Como *construcción humana*, la Literatura se sitúa en el ámbito de la Antropología; como *realidad material* efectivamente existente, pertenece al dominio de la Ontología; y como *discurso lógico*, en cuya materialidad se objetivan formalmente Ideas y Conceptos, es susceptible de una Gnoseología, es decir, de una interpretación basada en el análisis crítico de las relaciones conjugadas —que no dialécticas— entre la Materia y la Forma que la constituyen como tal Literatura (22).

Y a esto dedicará magistralmente el autor la mayor parte del libro: a determinar el lugar de la literatura en los ejes antropológico, gnoseológico y ontológico. Para ello se servirá además de una importante discriminación conceptual que parte de las nociones de Literatura, Teoría de la Literatura y Crítica literaria.

En un primer momento el autor definirá la Literatura como el conjunto de los materiales literarios efectivamente dados —luego veremos que la definición se irá enriqueciendo substancialmente a lo largo del opúsculo—. Estos materiales constituyen el campo de conocimiento de una serie de ciencias categoriales que estarán al servicio de la Teoría literaria como ciencia categorial ampliada.

La sistematización de las diferentes disciplinas y ramas del saber, organizadas en *symploké* para el estudio de la Literatura, permite la constitución de la Teoría de la Literatura como ciencia categorial ampliada cuyo objeto de estudio específico son los *materiales literarios* (25).

Por último, la crítica literaria se constituye como un saber de segundo grado que, partiendo de los materiales y de las categorías que sobre ellos ha sistematizado la teoría literaria, debe dar cuenta de las Ideas que efectivamente están funcionando en la Literatura. Esto es absolutamente fundamental: la literatura es un discurso de Ideas, con una base material irrenunciable y susceptible de ser estudiada científicamente a través de una ciencia como lo es la teoría literaria.

La Literatura, en tanto que conjunto de materiales que se despliegan a través del espacio antropológico, se contempla desde una triple dimensión:

En el *eje circular* remite a toda una serie de relaciones y operaciones humanas, que sitúa a la Literatura en una dimensión social y pragmática ineludible.

El *eje radial* nos lleva a la consideración puramente material y fiscalista de los materiales literarios, así como de sus medios tecnológicos de expresión: desde un libro a un soporte digital.

El *eje angular* nos pone ante la literatura como vehículo de expresión de lo numinoso, pero también ante ciertas interpretaciones confesionales que pretenden ver la literatura únicamente como medio para la expresión de preceptos religiosos.

En cuanto al lugar de la Literatura en el espacio ontológico, el autor muestra desde el principio su firme condena del reduccionismo: la Literatura encuentra expresión en cada uno de los distintos géneros de materialidad que constituyen el Mundo organizado y sistematizado por los hombres (Mⁱ). La literatura no sólo posee una existencia física poderosa como objeto, sino que también supone el vehículo de expresión de distintas realidades fenomenológicas de naturaleza segundo-genérica, que no por ser ficticias dejan de tener referentes materiales, a la vez que en ella encuentran expresión numerosas ideas que requieren de un tratamiento crítico y racionalista, no dogmático o ideológico.

En este sentido, el autor realiza una poderosa afirmación que muy bien podría haber suscrito Schiller:

Por eso la Literatura es superior en este punto a cualquier forma de discurso —incluidos por supuesto el científico y el filosófico—, porque sin renunciar nunca a la Razón, incorpora a sus posibilidades de expresión, comunicación e interpretación, es decir, a sus posibilidades efectivas de materialización, la Imaginación. Y me refiero a una Imaginación definida en términos racionalistas, conceptuales y críticos, no a una fantasía onírica que no da cuenta de nada ni a nadie (55).

Estamos, pues, con la literatura, ante un discurso de Ideas que además se vale de la imaginación como poderosa herramienta, la cual hace más aprehensible y sensible el contenido racional, contenido que ha sido negado por numerosos autores desde Platón. La literatura no es reductible a su dimensión fiscalista, como pretenden los formalismos, ni a una dimensión psicológica, como pretenden tantos postmodernos y algún que otro moderno.

Por lo que respecta al espacio gnoseológico, el estudio científico de la literatura encuentra expresión en cada uno de los componentes que la Teoría del Cierre Categorical exige para la constitución de una disciplina científica. En el espacio gnoseológico la Literatura se convierte en el campo de estudio de la teoría Literaria. Estamos, desde luego, ante la labor más compleja de cuantas arremete el autor en el libro reseña-

do. El motivo es que no es poca la dificultad de aplicar los estrictos criterios de la Teoría del Cierre Categorial a la constitución de la teoría literaria. Lo que nos ofrece Maestro en el presente opúsculo es, ciertamente, embrionario, como el propio autor anuncia, pero debemos decir que su rigor y su pericia en el manejo de las categorías gnoseológicas nos dejan impacientes por conocer los próximos desarrollos.

En el eje sintáctico, el autor identificará las figuras de los *términos*, las *relaciones* y las *operaciones*. Los *Términos*, —simples o complejos, constantes o variables—, comprenden las distintas partes objetivas que constituyen los materiales literarios. Las *Relaciones* comprenden todo el tipo de conexiones que pueden hacerse entre los diferentes términos. Las *Operaciones*, para finalizar con este eje, comprenden todas las actividades que los sujetos operatorios realizan en su tratamiento de los materiales literarios.

En el eje semántico, Maestro sitúa, en el apartado de los *referenciales*, todos aquellos referentes físicos con los que ha de contar la teoría literaria para cerrar su campo. *Fenómenos* literarios serían en cambio los distintos rasgos distintivos y particulares de un determinado hecho literario. Por último, tendríamos las *esencias*, que remiten a las estructuras definitorias y características de ciertos hechos literarios particulares, pero no en tanto que representaciones subjetivas de un determinado hecho literario (esto nos lleva al apartado de los fenómenos), sino en tanto estructuras objetivas perfectamente fijables e identificables.

Por último, en el eje pragmático, Maestro establece las figuras de los *autologismos*, los *dialogismos* y las *normas*. Los primeros remiten a las operaciones (de interpretación, lectura, etc.) del sujeto gnoseológico, a saber, aquel sujeto que se enfrenta a la literatura científicamente, desde una teoría literaria. Los *dialogismos* nos sitúan en el marco de una comunidad científica que a su vez se materializa en una serie de aportaciones que han de ser tenidas muy en cuenta a la hora de abordar cualquier tipo de interpretación de los materiales literarios. Las *normas* son los códigos que efectivamente regulan las actividades de crítica e interpretación.

Asistimos en este libro, como en otros trabajos anteriores del autor, a una acertada apuesta por la gnoseología frente a la epistemología.

La gnoseología trabaja con materias y formas, como conceptos conjugados o entrelazados, no dialécticos o antitéticos, mientras que la epistemología enfrenta dialécticamente al sujeto con el objeto, de tal modo que en esta relación acaba por implicar de forma explícita al sujeto cognoscente en un objeto que ha de interpretarse en términos científicos (70).

Andados los tres caminos: el antropológico, el ontológico y el gnoseológico, llegamos por fin al punto culminante de la obra: la explicitación de la Literatura como idea y como concepto.

Comenzará el autor por sistematizar las diferentes Ideas de Literatura que pueden encontrarse operando según criterios antropológicos.

Tenemos así una Idea de la Literatura de naturaleza circularista, concebida como una actividad humana inserta en un proceso comunicativo de naturaleza pragmática y social. Frente a ella estaría la Literatura concebida como un fenómeno fundamentalmente radial, a saber, aquella Idea que privilegia el producto físico en que se objetiva un cierto término literario, el texto, con la pretensión de situar al crítico en una posición privilegiada, llegando incluso a descabelladas teorías acerca de la eliminación del autor o a la afirmación puramente sofística de que *todo es texto*. Por último, desde la perspectiva antropológica, tenemos la Idea de la Literatura como un vehículo al servicio de la revelación de ciertas verdades teológicas, pero también ideológicas. Se trata de una concepción de la Literatura de naturaleza angular, en la que encuentran asiento misticismos e ideologías varias que ven en los materiales literarios la forma de expresión de sus propios intereses y de sus cosmovisiones particulares, negando y desterrando todo aquello que contradiga los deseos del intérprete ideológicamente implantado.

En cuanto a las Ideas de la Literatura que han sido esgrimidas haciendo valer criterios ontológicos, tenemos de nuevo una clasificación tripartita en la que el autor distingue entre una idea *cósmica*, una idea *subjetiva* y una idea *lógica* de la Literatura. La Idea cósmica pretende agotar la literatura en su manifestación puramente fisicalista, convirtiéndose así en el correlato ontológico de la Idea radial que antes señalamos en el espacio antropológico. La Idea subjetiva pretende reducir la literatura a la expresión de contenidos psicológicos que conectan, en mayor o menor medida, con las expectativas anímicas del lector. En última instancia, la Idea lógica de la Literatura ve en ella un vehículo de expresión de Ideas y contenidos categoriales y racionales susceptibles de un análisis crítico, el cual exige la consideración de la *symploké* en que efectivamente se dan los distintos componentes del campo de los materiales literarios. En la metodología de interpretación literaria desarrollada por Maestro no encontramos jamás la más mínima sombra de reduccionismo: el autor devuelve a la Literatura la complejidad ontológica y gnoseológica que ésta llevaba tiempo reclamando.

En cuanto a la Literatura como concepto —tras una pertinente explicación de las nociones de concepto, categoría e Idea en la que el

autor hace gala de un excepcional rigor conceptual que, desde luego, no sorprenderá a quien conozca sus anteriores trabajos—, estamos ante la reafirmación de la Literatura como objeto gnoseológico.

La Literatura no existe como tal al margen de un espacio gnoseológico que dote al ser humano de la capacidad interpretativa necesaria para analizar en términos científicos y conceptuales el sistema que constituyen los materiales literarios (87).

Es en ese espacio gnoseológico en el que se articula una teoría literaria que es fundamento ineludible de la Crítica como actividad racional, filosófica, dialéctica y crítica.

En cuanto a la definición de la literatura, el autor nos ofrece una ciertamente rigurosa y sólida:

Para el materialismo filosófico la literatura es un *discurso sobre el mundo real y efectivamente existente*, que exige ser interpretado *desde el presente* y a partir de la singularidad de las *formas estéticas* en que *se objetivan textualmente sus referentes materiales* (46).

En esta definición tan sintética encontramos toda una declaración de principios acerca de la naturaleza real (no perteneciente a ningún “mundo posible”) de los materiales literarios y de sus contenidos, así como de la actualidad incombustible del discurso literario que, como todo discurso de Ideas, nunca puede quedar aislado del presente de quien lo lee e interpreta.

Nos hemos referido en esta reseña al desarrollo de la literatura en tanto que Idea y Concepto, tal como indica el título del opúsculo. Resta ahora que hagamos mención de la otra sentencia que encabeza el libro: *Los venenos de la Literatura*. Estamos ante una obra que no sólo nos ofrece definiciones conceptuales rigurosas, científica y filosóficamente hablando, sino que, además, es éste un libro que expresa un pensamiento esencialmente polémico: da cuenta de lo que la literatura es frente a quienes pretenden decirle a la Literatura lo que *debe ser*. He aquí la concepción *venenosa* de la literatura que esgrime Maestro: la Literatura se muestra desafiante e irreductible frente a todos aquellos que pretenden encasillarla en sus reducidas visiones del mundo. La literatura no cede ni frente a las ideologías que pretenden hacer de ella su vehículo de expresión, ni frente a postmodernismos varios, ni frente a fideísmos y dogmatismos que, en caso de no poder acoplarla a sus intereses, resuelven anularla o desprestigiarla. Asistimos en Maestro a una reivindicación de lo heterodoxo del discurso literario, así como

también a una rehabilitación del concepto de canon, tan denostado hoy día y tan definitorio de lo que ha de entenderse por literatura.

La Literatura es, por su propia naturaleza, un discurso provocativo, heterodoxo, comprometido, desafiante. La Literatura es un veneno que carece de antídoto (15).

Finaliza el libro con una brillante disertación por parte del autor acerca del concepto de Identidad manejado actualmente por las ideologías postmodernas. La identidad adquiere en el postmodernismo la categoría de auténtica Idea-Fuerza que sirve de eje articulador a diferentes discursos: nacionalismo, indigenismo, feminismo... La noción de Identidad que manejan estas ideologías es una noción gremial en la que un gremio falazmente articulado controla al individuo a la vez que le brinda un grupo en el que desenvolverse dentro y a pesar del Estado. En este sentido es sumamente interesante el tratamiento de los gremios como sociedades gentilicias que el autor nos ofrece en la última parte de la obra, especie de añadido que viene a reafirmar la denuncia que encontramos en todo el opúsculo del tratamiento sofisticado e ideológico que el postmodernismo pretende hacer valer en sus acercamientos a la literatura.

Estamos en definitiva ante otra ejemplar expresión de lo que supone la teoría literaria fundamentada desde el Materialismo Filosófico: exactitud conceptual, rigor filosófico, precisión científica y, en suma, un esfuerzo teórico y sistematizador sin demasiados precedentes en el ámbito de la interpretación literaria moderna. En suma, un libro para aprender deleitándose.

✍